



SÓLO LA PASIÓN REVOLUCIONARIA REDIME

ALFREDO **ANGULO**

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES - ESCUELA DE HISTORIA



ues claro que es digna de encomio la iniciativa de reunirse a discutir, a intercambiar ideas, a promover sinceramente el debate. Apuesta uno a que cada quien se retira a su casa un poco menos ignorante. Pero es que aun dando por bueno el dicho de que *reconocer ennoblece*, la Declaración de Barinas, documento con que ha sido conocido el pronunciamiento del I Encuentro Nacional Universidad y Soberanía, no hace ninguna contribución conceptual ni práctica en la tarea de pensar a nuestras casas de estudios.

Obviamente, no es posible darle una definición a cada nombre. Sin embargo, dicho al rompe, el documento principia con una falacia al invocar *los ancestros forjadores de nuestra cultura*. Este reparo, que pudiera lucir como una especie de puntillismo intelectual, supone que las identidades actuales descienden de nuestros antepasados por vía de la sangre. Se trata de un esencialismo que entiende la cultura como un molde reproductor de formas de vida, *una fotocopiadora gigante que continuamente*

produce copias idénticas. Esa concepción es engañosa porque, entre otras cosas, el rastro dejado por los antepasados es un trabajo de la memoria presente.

Participa uno de la idea de que la cultura es un concierto, *un recital históricamente improvisado*, hecho que explica por qué todas las culturas están sometidas a un proceso permanente de cambio. El caso es que al hacer de la cultura una sustancia fija en el tiempo, los autores de la Declaración de Barinas intentan provocar un efecto movilizador, con lo cual están haciendo ese humano oficio que acá y acullá denominamos política. Ahora bien, que el documento sea de contenido político no lo descalifica en absoluto. El punto, sin embargo, debe ser retenido porque sus implicaciones se verán posteriormente.

También las consignas liberan

Si damos por bueno el principio de que la palabra estructura el pensamiento, el lector podrá convenir en el reparo de que no hay renovación en el lenguaje. De allí el carácter predecible, superficial y sin relieve del pronunciamiento. El fin de la *guerra fría* permitió la

ganancia de redimir a la palabra de ataduras ideológicas. Aquella fue una época (aclaración que hago por vicio profesional) de frases hechas, de lenguajes llenos de certezas, de escritura panfletaria que liberaba de la tarea de pensar. Por eso es que la lectura del documento deja ese regusto a anacronismo, a museo de formas sociales ya superadas con que nos suele catar el paladar de la sociología francesa. Sin embargo, el ritornelo se eleva y alcanza el tamaño de un disparate con la expresión pretendidamente crítica; así denuncia: *la hegemonía absoluta de la única gran potencia de la era unipolar* (sic). Uno sabe que la ironía no es profunda, pero es que la frase equivale a aquella otra memorable de *la única potencia superviviente*, sentencia antológica de un aspirante a especialista.

No es preciso ser un lector muy avisado como para identificar al sujeto de azufre y tridente, ese deseado objeto de sus fijaciones. Como quiera que Estados Unidos es el responsable de *tres décadas de políticas neoliberales*, vaya una recomendación a nuestros dragones justicieros: darle una hojeadita a un libro del premio Nobel Joseph E. Stiglitz. En *El Malestar en la Globalización* se toparán con la desilusión de un acuerdo tácito: el presidente del Fondo Monetario Internacional siempre es europeo, y el del Banco Mundial siempre es norteamericano. De modo que en esa fiesta de bodas, aquellos pusieron la torta y estos otros la bebida.

Entre galimatías y prejuicios

Las normas rectoras del derecho internacional, denuncian los actores del encuentro, han sido *transgredidas por el Estado más poderoso de la Tierra durante las ocupaciones militares de Afganistán e Irak*. Por este camino uno puede llegar a argumentaciones aún más especiosas. Así podrá el lector recordar al desenfadado Imán de Bolonia, al declarar tras los atentados del 11 de septiembre del 2001: *Fue la derecha americana la que abatió las dos Torres Gemelas y ahora utiliza a Bin Laden como tapadera. Si no fue la derecha americana, fue Israel. En cualquier caso, Bin Laden es inocente y el peligro no es Bin Laden, es América*.

No está uno en plan de defender a quien no lo necesita, pero sí en recordar que los hombres somos animales simbólicos: allí permanecen para la eternidad las maravillas de las pirámides del antiguo imperio egipcio, el Coliseo romano, los templos de Teotihuacán o la ciudad de Machu Picchu; pero no así las torres del World Trade Center, los primeros grandes edificios del mundo que no eran obra de monarcas ni cardenales. No huelga añadir que la sociedad norteamericana había experimentado un miedo semejante sólo en los días de Berlín, en la crisis de

los misiles en Cuba, durante el tiempo aciago de la Cortina de Hierro. Y si el argumento resulta demasiado intelectual (porque no hay nada más llevadero que los males ajenos), imagínense la reacción del león cuando le halan la cola, sobre todo aquellos que piensan que Estados Unidos siempre es culpable de todos sus muertos. Ignora la izquierda lunática que Al Qaeda y el Talibán son movimientos de extrema derecha, enemigos del arte, obscurantistas en el trato a las mujeres, dispuestos a asesinar porque sus verdades son certezas que no admiten discusión. ¡Ah! la vida, decía el de Róterdam, es locura humana.

Pero he aquí, amable lector, que después de tan inequívoca toma de posición, los autores denuncian cómo *los pueblos sufren el sometimiento por la fuerza de su autodeterminación* (sic), otro caso memorable de un galimatías mental de nuestros apócrifos colegas. Ahora bien, dada la preocupación mostrada por la soberanía y la globalización (palabra comodín que en la actualidad sustituye a la noción de imperialismo), valga recordar que a la soberanía estatal también la violan las redes criminales transnacionales, las mafias urbanas, los vendedores de armas, las guerrillas, los que lavan dinero sucio, los traficantes de seres humanos y de narcóticos, los terroristas cuyas acciones producen el efecto de fortalecer al mismo Estado que pretenden destruir. Resulta curioso este giro de talones desde el internacionalismo proletario al patriotismo de medio pelo de nuestra izquierda borbónica.

Qué manojos de prejuicios se activan por acto reflejo cuando de Estados Unidos se trata. Así la denuncia del *avance de un tratado multilateral groseramente asimétrico y anexionista como el proyecto del ALCA, que el Imperio intenta imponer sobre el Centro y Sudamérica*. La verdad es que la Alianza propuesta busca un tipo de integración restringida a tratados preferenciales de comercio, con disminución progresiva y liquidación final de aranceles, propósito nada más lejos respecto del esquema supranacional de la Unión Europea. Claro que la relación es asimétrica por tratarse de la negociación de treinta países con la primera potencia mundial; la misma dificultad de quien duerme con un elefante. No desea uno volverse pesado (no aburrir al lector, reza el precepto), pero es preciso recordar que en materia de intercambio comercial y de inversiones, América Latina tiene, en el presente, menor importancia relativa para Estados Unidos que hace cincuenta años.

Las opciones están abiertas, incluida la posibilidad de oponerse; sólo que todo vacío alguien siempre lo llena. Habría que mirar también el otro término de la ecuación: un Estado débilmente integrado en lo interno, sin estabilidad, con una sociedad en crisis, no está en condiciones de impulsar la integración hacia fuera. El

problema es que la pobreza, en lugar de unir, desintegra. Y así como la suma de hambres no da ningún hartazgo, problemas de la más variada índole avasallan a los gobiernos y los gobiernos optan por hacer *rectificaciones* unilaterales que desestabilizan los acuerdos de integración regional. Pero no es responsabilidad del Tío Sam que la orquesta desafine.

Una señorita muy requerida

Esta es la raíz fuerte del asunto. Los autores del pronunciamiento solicitan la *reconstitución* de la educación superior, de modo que sea capaz de responder a las *urgentes demandas de la sociedad*. El nivel general gana concreción cuando demandan una educación para la participación ciudadana, la productividad científica y la trascendencia cultural. Párrafos adelante, sin embargo, hacen exposición de nuevos reclamos: *lúcidamente patriota (...) destinada a consolidar la soberanía económica, agroalimentaria, ecológica, territorial, cultural y deportiva de la nación*. Pero no queda allí el inventario de las exigencias; párrafos adelante aparece plasmado el reclamo de la educación revolucionaria en sus métodos y en su enseñanza, en la participación de todos los actores sociales, en su vocación al servicio de la transformación social. Tampoco en este caso es necesario ser muy avisado para darse cuenta de que la educación superior resulta ser una señorita muy requerida, que siendo objeto de tan numerosas y variadas solicitudes, difícilmente podrá dejar satisfecho a nadie.

La prescripción del documento descansa en un diagnóstico: la degeneración de la autonomía conquistada en Córdoba, lo que constituye un doble error de valoración histórica. En primer lugar, la autonomía universitaria es una consecuencia de la subordinación de la Iglesia a Roma, que era quien otorgaba las licencias y privilegios que permitían la apertura de estos centros educativos. Luego, la reforma de Córdoba no tiene impacto en Venezuela, entre otras razones porque la mano de hierro de Juan Vicente Gómez no lo permite; es sólo diez años después cuando soplan vientos de renovación política en lo que dio en llamarse *la generación del 28*.

Pero hecha la digresión, retomemos el hilo del discurso. El diagnóstico de la universidad es el de una república mafiosa: *clientelismo y negociados; botín de guerra de tribus políticas y clanes familiares; tinglado para las apetencias de poder y el reparto alevoso de la renta del Estado*. El lenguaje es de seres impolutos, inmunizados respecto del mundo que enjuician; no pueden ser palabras sino de cristianos que han vivido en las catacumbas universitarias, practicantes de un misticismo moral al margen de todo contacto con la mundana vida universitaria.

Quizás habría que ver la coherencia encarnada de las siglas que suscriben el documento. De cualquier modo ahí está el guión, con dos campos perfectamente deslindados, sin matices ni claros oscuros: héroes o villanos, simplemente.

La pasión por la igualdad, advirtió Furet en

algún lado, por definición no tiene umbral de satisfacción. La sentencia viene a la memoria al leer el reclamo por la regeneración moral de los prohombres de la Declaración de Barinas. Así la universidad debe estar *fundada en el ejercicio de la democracia directa y el control directo de la administración interna*. Es fácil la operación de contraponer la república burocrática terrestre, con sus profesores, unos escépticos y otros entusiastas, con sus rezagos y sus experiencias exitosas, al modelo de la república ideológica perfecta. ¡Ah! el cielo immaculado de la democracia de asamblea, ¡ah! la fuerza viril del despotismo igualitario.

En lugar de una inviable actitud maximalista (como la frase años setenta aquella de *la universidad no puede cambiar sino cambia el país*) uno terminó por convencerse en la bondad efectiva de un par de medidas puntuales, como ahora se estila decir: no reelección a cargos de gobierno universitario y cinco jurados para la provisión de cargos docentes. Pero las compuertas del voluntarismo revolucionario están abiertas y cualquier posición de equilibrio es sospechosa. Entre las varias medidas propuestas para el cambio del gobierno de la universidad, los colegas reunidos en la vieja capital del estado Zamora plantean *la profundización de la participación estudiantil, administrativa y obrera en la elección de las autoridades y los órganos de cogobierno*. Poco importa la experiencia o la competencia para elegir y ser elegido. Habrá notado nuestro paciente lector la ausencia elocuente de la palabra excelencia en el documento de marras. La revolución es de los muchos, no de los más capaces. El mérito es sólo un subterfugio más de los privilegiados. Señorita educación, póngase el gorro frigio; sólo la pasión revolucionaria redime. (E)

